

Domingo 29-30: Lo Que No Es la Cena del Señor

Preguntas y Respuestas 78-80

Lectura: Hebreos 10:1-18

Salterios:

Primero: 268:1-4

Segundo: 60:1-3

Tercero: 260:1-6

Cuarto: 111:4

Último: 3:4

Querida congregación,

Entre todos los pueblos y naciones de este mundo, existe un entendimiento general de que sin derramamiento de sangre no se hace remisión de pecado. Si alguna vez ha de haber paz, si alguna vez ha de haber vida —vida verdadera, de nuevo— se ha de ofrecer un sacrificio. En la obra misionera, este entendimiento puede, a veces, servir como un punto de contacto para ayudar a compartir el mensaje del evangelio entre una tribu pagana. Un misionero en una de las islas del Océano Índico una vez se encontró con una tribu que ignoraba por completo las cosas de Dios. Le costaba mucho encontrar palabras en su idioma para proclamar la Palabra de Dios de una manera entendible. Pero luego se topó con algo en su cultura que le impactó profundamente. Cuando esta tribu y las tribus vecinas estaban en guerra entre sí, a veces sucedía que el jefe de una de esas tribus hacía todo lo posible por entregar a su propio hijo al enemigo. Su hijo servía, por así decirlo, como un niño de paz. Cuando el misionero descubrió esto, encontró una llave para comunicar el mensaje y hablar de la eterna maravilla de que Dios dio a Su propio Hijo por los enemigos. El Rey de reyes y Señor de señores dio a Jesucristo como un niño de paz, como el único sacrificio perfecto, con el fin de reconciliar a un Dios santo con un hombre pecaminoso.

Era algo notable lo que hizo el jefe de esa comunidad pagana, pero es mucho más grande lo que el Señor ha hecho. Estas tribus consistían en personas imperfectas; incluso el jefe mismo era un ser humano pecaminoso, y ese niño de paz era débil e insignificante en sí mismo. Ningún sacrificio, ni de animales ni de seres humanos, jamás es suficiente para agradar a Dios y traer una paz verdadera y duradera. Eso incluso es cierto de los sacrificios que Dios exigió en la Ley de Moisés. La sangre de los toros y de los machos cabríos no podía quitar el pecado ni traer la remisión del mismo. Solamente el sacrificio de Cristo lo pudo hacer. ¡Qué maravillosa bendición que Él voluntariamente se ofreció a Sí mismo y dijo: *“He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mis*

entrañas” (Salmo 40:7-8). ¡Qué maravilla que Dios estaba dispuesto a dar a Su amado Hijo para morir en la cruz y hacer la paz con los rebeldes!

Congregación, el sacrificio de Cristo es único. No hay necesidad de repetirlo. Lo hemos leído en Hebreos 10: *“Por cuya voluntad somos santificados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”* (versículo 10). Y más adelante: *“Pues donde hay remisión de estos, no hay más ofrenda por el pecado”* (versículo 18). Que el Señor nos conceda una profunda convicción de pecado, y que ponga a ese Niño de Paz celestial en nuestros corazones. Que nos incline para que busquemos a Aquel a quien hemos ofendido profundamente y ante quien no podemos permanecer en pie. Tenemos un corazón pecaminoso y una deuda que alcanza hasta el cielo mismo. Es solo por el sacrificio de Cristo que podemos ser restaurados a la comunión con Dios. Eso es lo que nos declara la Palabra de Dios; eso es lo que la Cena del Señor representa ante nuestros ojos; y eso es a lo que nuestro Catecismo de Heidelberg señala en el Domingo 29. Que el Señor nos ayude y guíe al prestar atención a la verdad, tal como la encontramos en las Preguntas 78 y 79 del Domingo 29, y también en la Pregunta 80 del Domingo 30.

Pregunta 78: ¿El pan y el vino se convierten sustancialmente en el mismo cuerpo y sangre de Cristo?

Respuesta: De ninguna manera, pues como el agua del Bautismo no se convierte en la sangre de Cristo, ni es la misma ablución de los pecados, sino solamente una señal y sello de aquellas cosas que nos son selladas en el Bautismo, así el pan de la Cena del Señor no es el mismo cuerpo, aunque por la naturaleza y uso de los sacramentos es llamado el cuerpo de Cristo.

Pregunta 79: ¿Por qué llama Cristo al pan Su cuerpo y a la copa Su sangre, o el Nuevo Testamento en Su sangre, y Pablo al pan y al vino la comunión del cuerpo y sangre de Cristo?

Respuesta: Cristo no habla así sin una razón poderosa, y no solamente para enseñarnos que, así como el pan y el vino sustentan la vida corporal, Su cuerpo crucificado y Su sangre derramada son la verdadera comida y bebida que alimentan nuestras almas para la vida eterna, más aún, para asegurarnos por estas señales y sellos visibles, que por obra del Espíritu Santo somos participantes de Su cuerpo y sangre tan cierto como que tomamos estos sagrados símbolos en Su memoria y por la boca del cuerpo; y también que Su pasión y obediencia son tan ciertamente nuestras, como si nosotros mismos en nuestras personas hubiéramos sufrido la pena y satisfecho a Dios por nuestros pecados.

Pregunta 80: ¿Qué diferencia hay entre la Cena del Señor y la misa papal?

Respuesta: La Cena del Señor nos testifica que tenemos remisión perfecta de todos nuestros pecados por el único sacrificio de Cristo, que Él mismo cumplió en la Cruz una sola vez; y también que por el Espíritu Santo estamos incorporados en Cristo, el cual no está ahora en la tierra según su naturaleza humana, sino en los cielos a la diestra de Dios, Su Padre, donde quiere ser adorado por nosotros.

La misa enseña que los vivos y los muertos no tienen la remisión de los pecados por la sola pasión de Cristo, a no ser que cada día Cristo sea ofrecido por ellos por mano de los sacerdotes; enseña también que Cristo está corporalmente en las especies de pan y de vino, y por tanto ha de ser adorado en ellas. Por lo tanto, el fundamento propio de la misa no es otra cosa que una negación del único sacrificio y pasión de Jesucristo y una idolatría maldita.

El Domingo 29 y la primera parte del Domingo 30 nos enseñan lo que *no es* la Cena del Señor. La vez pasada, escuchamos lo que *sí es*; esta vez, veremos:

Lo Que No Es la Cena del Señor

1. No es el cuerpo y la sangre de Cristo
2. No es un sacrificio del hombre a Dios

Repito: lo que no es la Cena del Señor. En las Preguntas 78 y 79 veremos que no es el cuerpo y la sangre de Cristo, y luego, en la Pregunta 80, aprenderemos que no es un sacrificio del hombre a Dios.

Primer pensamiento. La Cena del Señor no es el cuerpo y la sangre de Cristo.

Recordemos por un momento, primero, lo que hemos oído la última vez. La Cena del Señor ha sido dada por el Señor. La Santa Comunión ha sido instituida como un tiempo para recordar, para abrazar y para tener comunión. En primer lugar, es un tiempo para recordar, porque el Señor dice a Su pueblo pobre y afligido: *“Haced esto en memoria de mí”* (Lucas 22:19). Es también un tiempo para abrazar. El Señor se acerca para consolar a Su pueblo y para fortalecer su fe. Él condesciende para poder animar sus corazones tristes. Pueden descansar un momento para que su vida se renueve y su alma se refresque. Son abrazados por el Señor, y ellos también lo pueden abrazar a Él. Pueden apropiarse de los méritos de su amado Maestro y Salvador por la fe.

Sin embargo, la administración de la Cena del Señor es también un tiempo para tener comunión. Hay comunión en la Mesa del Señor, si está bien. No siempre es el caso. Puede haber momentos en que el Señor parece esconder Su rostro y en que el corazón está frío y muerto. Entonces no hay ningún quebrantamiento ni ningún gozo. Podemos intentar juntar algunos sentimientos y palabras, pero el corazón no está en todo ello. ¡Cuánto más grande es la maravilla cuando el Señor vuelve y aviva Su propia obra! ¡Qué bendición cuando la fe es fortalecida, la esperanza avivada y el amor encendido de nuevo! Entonces es también un tiempo para tener comunión. Hay comunión con el Esposo de la iglesia y con un Dios trino. Existe también comunión entre el pueblo del Señor, de modo que se aman más que los hijos de una misma familia. Son vinculados entre sí con una unión más profunda y más grande que el vínculo de sangre. Es el vínculo de la

fe y del amor. La Cena del Señor es una cena tan santa. Es un tiempo tan precioso porque es un tiempo para recordar, para abrazar y para tener comunión.

Oh, cuán pobre es usted, compañero de viaje inconverso, si no conoce nada de todo esto. Ciertamente, no comienza con la Cena del Señor. Nuestra preocupación principal no debería ser: “¿Cómo vendré a la Mesa del Señor?” Debería ser: “¿Cómo seré convertido? ¿Cómo puedo ser rescatado del pozo profundo en que hemos caído en Adán? ¿Cómo jamás hallaré paz con Dios?” ¡Que esto se convierta también en su preocupación! ¡Que esto sea la preocupación de todos! Que el Señor obre esto en las vidas de todos para que no sigamos en la dureza de nuestro corazón cuando Él se acerca a nosotros con la oferta del evangelio, cuando envía a Sus siervos para invitarnos a la cena de Su reino y para anunciarnos: *“Venid, que ya está todo preparado”* (Lucas 14:17).

La Cena del Señor es una comida muy especial y bendita. Por lo tanto, no debería ser sorpresa para nosotros que el gran adversario haga de ella su blanco —que Satanás intente socavarla. Él, el Príncipe de las Tinieblas y el asesino de las almas, sabe muy bien que esta mesa está diseñada para glorificar a Dios y para edificar a Sus hijos. Por lo tanto, él intentará confundir los corazones y las mentes del pueblo del Señor y robarles su consolación.

¿Cómo lo hace? Satanás tiene un arco y una aljaba con muchas flechas. Hay dos flechas en particular que él usa: la violencia y el engaño. No son las únicas flechas que utiliza. También podría intentar derribar la iglesia tentando al hombre con la conformidad al mundo. Esa es otra flecha. Si no vivimos como un pueblo separado, congregación (lo digo con el amor de mi corazón), si nos mezclamos con el mundo, si ya no puede ser visto por nuestra apariencia a Quién pertenecemos, si no hay distinción entre la iglesia y el mundo en sus acciones, en su ropa, en su manera de hablar, entonces Satanás tiene una presa fácil. Él puede dejar a un lado sus flechas cuando la iglesia misma comienza a cruzar sus límites y se socava a sí misma. Entonces se vuelve tan fácil para el diablo ganar sus batallas. Que cada uno se examine a sí mismo porque hay mucha razón para avergonzarse y volver al Señor.

Sin embargo, además de las flechas de conformidad al mundo, hay también las flechas de violencia y engaño. Piensen en las persecuciones en la historia de la iglesia y en el presente. Las tierras altas de Escocia y muchos otros lugares han sido pintadas con la sangre de los amados hijos de Dios. La persecución es una flecha temible, pero no es la peor. ¿No decimos que la sangre de los mártires es la semilla de la iglesia? Un tiempo de persecución generalmente es un tiempo en que la iglesia es despertada para volver al Señor. Mientras unos de sus miembros sucumbirán, otros se pondrán firmes en la verdad. En lugar de desaparecer, la iglesia comienza a crecer en número y en santidad. La sangre de los mártires es, por cierto, la semilla de la iglesia.

Hay otra flecha que deberíamos temer. Es la flecha venenosa de la herejía. Los errores y falsas doctrinas entran tan fácilmente. En su mayoría, aparecen desde dentro y pueden pasar mucho tiempo sin ser notados. La razón es, en primer lugar, que no los *ve*mos. Nuestra mente ha sido entenebrecida a causa de nuestra profunda caída. Sin embargo, una segunda razón es que no querer verlo. En general, no nos gusta escuchar acerca de doctrinas y errores. Los ministros y ancianos no deberían hablar tanto de tales cosas. Lo consideramos tedioso e innecesario. Además, suena tan antipático y juzgador. Pero, a medida que cerramos nuestros ojos ante los errores, tan fácilmente podemos ser llevados por ellos. Es muy peligroso cuando la Palabra de Dios es negada, atacada y quemada de manera literal, pero es incluso más peligroso cuando es adulterada. Es muy peligroso cuando los fundamentos se erosionan y doctrinas extrañas penetran en la iglesia.

Congregación, eso es lo que nos debería preocupar. No solo necesitamos un Domingo 28, sino también un Domingo 29 y un Domingo 30. Al hablar de la verdad, incluyendo la verdad acerca de la Cena del Señor, es necesario declarar de forma positiva lo que es la Cena del Señor y, luego, también declarar de forma negativa lo que no es. Eso es de gran importancia para la pureza de la iglesia y para el consuelo de Sion. Todo depende de ello. Por lo tanto, no digan: “Eso es tan difícil y dogmático. Que el predicador me dé una palabra para mi corazón, algo que toque mis sentimientos. ¿No es eso lo más importante?” Sí, eso es importante, muy importante, pero no se vuelvan unilaterales. Cuando el Señor obra, no solo viene para calmar nuestras emociones. Viene para alumbrar nuestra mente, para abrir nuestro corazón y para cambiar nuestra vida. Entonces aprendemos a amarlo con todo nuestro *corazón*, con toda nuestra *mente* y con todas nuestras *fuerzas*.

Por lo tanto, escuchemos la primera pregunta del Domingo 29: “¿El pan y el vino se convierten sustancialmente en el mismo cuerpo y sangre de Cristo?” En otras palabras: “¿Es cierto que ocurre un cambio en la Cena del Señor? ¿Que el pan se convierte en el cuerpo físico de Cristo y que el vino es transformado en la sangre de Cristo?”

La iglesia de Roma responde “sí” a esta pregunta. Según su doctrina, el pan y el vino se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo en el mismo momento en que el sacerdote pronuncia las palabras de la institución de la Cena del Señor: “*Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido*” (1 Corintios 11:24). Llamamos a esto “la doctrina de la transustanciación”. Esa es una palabra difícil, pero si escuchan atentamente, oirán dos palabras en ella: “trans” y “sustancia”. La transustanciación enseña que la sustancia del pan y del vino se convierte en otra sustancia. Ya no es pan, sino que se ha transformado en el cuerpo de Cristo —física, literal y materialmente. Dado que ha cambiado, ya tiene otra sustancia. Así también el vino ya no es vino, sino que se ha transformado en la sangre de Cristo. Es una “transustanciación”, una transformación de sustancia.

Esta doctrina monstruosa recibió su última aprobación en el Concilio de Trento, una asamblea de líderes de la Iglesia Católica Romana a mediados del siglo XVI. Estos líderes se habían reunido para condenar las enseñanzas de hombres como Martín Lutero, Juan Calvino y Ulrico Zuinglio, y así intentar frenar la influencia de la Reforma en Europa. El Concilio de Trento distorsionó la doctrina bíblica de la Cena del Señor y quiso exigir que todos siguieran esa doctrina distorsionada. Cualquiera que se opusiera a la perspectiva de la Iglesia Católica Romana sería maldito. Muchas veces se pronunciaba la palabra “anatema” sobre aquellos que se oponían a los errores de Roma.

Ahora entienden el trasfondo de esta pregunta: “¿El pan y el vino se convierten sustancialmente en el mismo cuerpo y sangre de Cristo?” La respuesta dice: “De ninguna manera, pues como el agua del Bautismo no se convierte en la sangre de Cristo, ni es la misma ablución de los pecados, sino solamente una señal y sello de aquellas cosas que nos son selladas en el Bautismo, así el pan de la Cena del Señor no es el mismo cuerpo, aunque por la naturaleza y uso de los sacramentos es llamado el cuerpo de Cristo.”

Hay dos cosas notables en esta respuesta. En primer lugar, la respuesta dice, por así decirlo: “¿Qué hay del agua del *bautismo*? Si alguien dice que el vino se convierte en la sangre de Cristo, entonces ¿qué hay del agua del bautismo? ¿No se convierte eso en la sangre de Cristo?” Tal cambio debería ser visible, pero nadie en la Iglesia Católica Romana afirmará eso. ¿Por qué, entonces, afirman que el vino se convierte en Su sangre y que el pan se convierte en Su cuerpo?

En segundo lugar, si la Biblia se refiere a este pan como el cuerpo de Cristo, entonces esto es conforme a “la naturaleza y uso de los sacramentos”. Tiene que ver con los sacramentos, con su naturaleza y propiedades. Esto es típico de la manera en que las Escrituras hablan acerca de los sacramentos. Tales expresiones tienen que ver con que los sacramentos son señales y sellos del pacto de Dios.

Consideremos dos ejemplos del Antiguo Testamento. Jóvenes, ustedes saben cuáles eran los sacramentos del Antiguo Testamento, ¿cierto? Hoy en día tenemos el Bautismo y la Cena del Señor, pero, ¿cuáles eran los dos sacramentos de la antigua dispensación? Su respuesta es correcta: la circuncisión y la Pascua. Cuando el Señor instituyó la circuncisión en Génesis 17, Él la llamó “la señal de Su pacto” y, también, “el pacto”. Todos entendemos que la circuncisión no es el pacto en sí. Es una *señal* del pacto de Dios; sin embargo, es más que solo eso. Es también un *sello* del pacto. Es por eso que se expresa de esa manera.

Vemos lo mismo en el caso de la Pascua. En Éxodo 12, el cordero que fue comido en el momento de la Pascua es llamado “la Pascua de Jehová”. Por cierto, el cordero mismo no era la Pascua. El Señor pasó por alto a Su pueblo para preservarlo. Cuando el ángel de la muerte pasó por toda la tierra de Egipto y también por la región de Gosén, Él preservó al pueblo de Israel. ¿Por qué lo

hizo? Fue porque allí un cordero tomó el lugar de los israelitas. Ese cordero era una imagen del Cordero de Dios, el Señor Jesucristo, quien algún día vendría a este mundo. Otra vez, el cordero mismo no era la Pascua. Aunque fue llamado la Pascua, ese cordero meramente era una señal y sello visibles del pacto de Dios.

Ahora, en los tiempos del Nuevo Testamento, tenemos dos diferentes sacramentos. Tenemos el Bautismo y la Cena del Señor, o la Santa Comunión. Cuando el Señor Jesús instituyó esa cena, Él partió el pan y dijo: *“Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido”* (1 Corintios 11:24). También tomó la copa y dijo: *“Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”* (versículo 25). El pan y la copa son señales y sellos del pacto de Dios. Retratan el Nuevo Testamento, el nuevo pacto. Son señales visibles y sellos, nada menos y nada más.

Cuando Cristo tomó el pan, Él dijo: *“Esto es mi cuerpo”*. ¿No demuestra eso que el pan se convierte en Su cuerpo? No, no lo hace. En primer lugar, la palabra “es” no se encuentra en el original. El Señor Jesús hablaba arameo, una forma específica del hebreo que se usaba en esos días. En el idioma arameo no se utiliza la palabra “es”, por lo tanto, Jesús debió haber dicho: *“Este pan... Mi cuerpo”*. Se le ha atribuido demasiado significado a esa pequeña palabra “es”. En segundo lugar, cuando el Señor Jesús habló esas palabras, se sentaba en la mesa de la sala de la Pascua. Aún no había muerto. Aún había de derramar Su sangre y dejar que Su cuerpo fuera partido, así que, ¿cómo podría haber dado Su cuerpo físico y Su sangre a Sus discípulos en aquel momento?

Es claro que el cuerpo y la sangre de Cristo no están físicamente presentes cuando se celebra la Cena del Señor. El Señor Jesús está ahora en el cielo. Vendrá por segunda vez físicamente, pero, por ahora, con respecto a Su naturaleza humana, ya no está en la tierra. No deberíamos buscar Su cuerpo aquí abajo, sino más bien en el lugar donde está, a la diestra de Su Padre —donde se sienta en el trono para regir el mundo y orar por los Suyos.

María Magdalena quería buscar al Señor Jesús aquí y deseaba retenerlo aquí en la tierra. No deberíamos reprenderla por ello. Era una mujer con gracia; sin embargo, tenía que ser instruida y corregida. El Señor le dijo que no lo tocara, que no se aferrara a Él, sino que lo dejara ir. *“Aún no he subido a mi Padre ... Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”* (Juan 20:17). En otras palabras: *“Levanta tu corazón, María. No te aferres a mi naturaleza humana, sino levanta tus ojos para contemplarme por fe porque estaré sentado a la diestra de Dios”*. El Señor dirige a Su pueblo, no para que busquen la presencia física de Cristo aquí en la tierra, por ejemplo, en la Mesa del Señor, sino para buscarlo de manera espiritual. El pan y el vino son prendas de Su gracia. Cuando el Señor Jesús viene en medio de su pueblo por el Espíritu Santo, Su pueblo será fortalecido y animado por los símbolos de Su misericordia hacia criaturas indignas.

Imagínense por un momento que el pan de verdad se convirtiera en Su cuerpo y el vino en Su sangre. Entonces, deberíamos poder probarlo. Cuando el agua se transformó en vino en la fiesta de bodas en Caná, fue algo que el pueblo notó. Nadie les había dicho que un milagro había sucedido, pero cuando lo probaron, dijeron: “Este es el mejor vino que hemos probado hasta el momento”.

La Iglesia Católica Romana puede intentar resolver ese problema diciendo que el vino de la Cena del Señor se convierte en la sustancia de la sangre de Jesús, pero que aun así mantiene las propiedades del vino; sin embargo, eso es una filosofía y una biología pobres. ¿Quién creería tales cosas? La Palabra de Dios es más que racional, pero no es irracional. Está *más allá de* nuestro razonamiento, pero *no en contra de* la razón. Cuando Jesús habló acerca de comer Su cuerpo y beber Su sangre, no lo dijo en un sentido literal. Declaró claramente en Juan 6: “*Las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida*” (versículo 63).

Sin embargo, ¿por qué hablan las Escrituras de esa manera? ¡Ha generado tanta confusión! ¿Por qué se utilizan tales expresiones literales? Para decirlo con las palabras de la Pregunta 79 de nuestro Catecismo: “¿Por qué llama Cristo al pan Su cuerpo y a la copa Su sangre, o el Nuevo Testamento en Su sangre, y Pablo al pan y al vino la comunión del cuerpo y sangre de Cristo?”

La respuesta a la Pregunta 79 nos hace pensar una vez más en lo que el Domingo 27 dijo acerca del bautismo. ¿Qué dice la respuesta? “Cristo no habla así sin una razón poderosa, y no solamente para enseñarnos que, así como el pan y el vino sustentan la vida corporal, Su cuerpo crucificado y Su sangre derramada son la verdadera comida y bebida que alimentan nuestras almas para la vida eterna, más aún, para asegurarnos por estas señales y sellos visibles, que por obra del Espíritu Santo somos participantes de Su cuerpo y sangre tan cierto como que tomamos estos sagrados símbolos en Su memoria y por la boca del cuerpo; y también que Su pasión y obediencia son tan ciertamente nuestras, como si nosotros mismos en nuestras personas hubiéramos sufrido la pena y satisfecho a Dios por nuestros pecados.”

Es una respuesta larga, pero muy clara. La Cena del Señor es, en primer lugar, una señal para instruirnos. Incluso nuestros pequeños hijos pueden captar el significado de ello. Si usted no come por un día entero, tendrá hambre. Necesita comida para sobrevivir. De la misma manera, nuestras almas tienen que ser nutridas por el cuerpo crucificado y la sangre derramada de Cristo. ¿Qué es el hombre sin comida? Debe morir. ¿Y qué es el hombre sin Cristo? Está destinado a perecer. Esa es la lección. Esa es la primera cosa que aprendemos de estas expresiones tan fuertes. La vida del pueblo de Dios es mantenida por el cuerpo y la sangre de Cristo, tal como nuestra vida natural se mantiene por la comida y la bebida.

En segundo lugar, la Cena del Señor es más que solo una señal para instruirnos. Es también un sello para asegurarnos. Noten las palabras “más aún” en la respuesta. El sacramento de la Santa

Cena no solo tiene el propósito de instruirnos, sino, “más aún, para asegurarnos por estas señales y sellos visibles, que ... somos participantes de Su cuerpo y sangre”.

Para Zuinglio, la Cena del Señor era solamente una señal y nada más que eso. Para Juan Calvino, era una señal y un sello. ¡Esa es la perspectiva bíblica! El pan no solo *significa* algo; también *sella* algo. ¿Qué sella? Sella la obra de Cristo: la obra que Él ha hecho *por* Su pueblo en la cruz, pero también la obra que Él hace *dentro de* ellos por Su Espíritu. Él pone un sello sobre ello, y así lo certifica. Él dice: “¡Es en realidad cierto, oh mi pobre y culpable pueblo! Ustedes, que carecen de valor, fuerza y justicia, óiganlo desde mi Palabra y véanlo en Mi Cena: que Yo he muerto por ustedes para que jamás sean condenados”.

El Señor sella esa maravillosa salvación. Les asegura: “Mi justicia es suya. Mis sufrimientos y obediencia son tan ciertamente propiedad suya, como si ustedes mismos hubieran sufrido y hecho satisfacción por sus pecados ante Dios”. También les asegura la obra de gracia en sus vidas, poniendo un sello sobre ella. Él dice: “Es Mi obra. Seguiré y cumpliré lo que he comenzado”. Solo piensen en un pequeño niño en el vientre de su madre. Hay una profunda unión entre esa madre y su bebé. Ese niño tiene su vida de su madre. ¿Puede una madre olvidarse jamás del hijo al que amamantó, del hijo de su vientre? No, no puede. E incluso si esto ocurriera, el Señor no se olvidará de Sus hijos. Él dice: “*Yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas te tengo esculpida*” (Isaías 49:15-16). Ese pedazo de pan y ese sorbo de vino son prendas de ello.

Ahora entendemos por qué la Palabra de Dios utiliza expresiones tan fuertes para referirse a la Cena del Señor. Aunque el pan y el vino no son la carne y la sangre de Cristo en un sentido literal, aun así, son más que solo una señal. Por lo tanto, no es apropiado decir: “Si el Señor no hubiera usado esas expresiones en la Biblia, no habría habido tanta confusión en la historia de la iglesia”. Esas expresiones contienen tanto consuelo para Sus hijos que jamás deberían ser cambiadas.

En sí misma, la Palabra de Dios es suficiente, porque es la palabra de Aquel que no puede mentir. Sin embargo, los hijos de Dios pueden estar tan llenos de incredulidad. Esa es, en realidad, una razón para avergonzarse profundamente, pero sigue siendo una realidad. Con frecuencia son “hombres de poca fe”. Con Abram claman: “Señor... ¿en qué conoceré [estas cosas]?” (Génesis 15:8). ¡Qué bendición que el Señor conozca su lucha! Él es misericordioso y lleno de compasión. Da algo visible, algo tangible. Se acerca con las señales y sellos de Su pacto. Les prepara una mesa y dice: “*Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida*” (Juan 6:55). Esa es la maravillosa verdad de Su Palabra.

Vengan, antes de considerar nuestro último punto, cantemos primero del Salterio 111, estrofa 4.

Segundo pensamiento. La Cena del Señor no es un sacrificio del hombre a Dios.

La Cena del Señor no es el cuerpo y la sangre de Cristo, ni es un sacrificio del hombre a Dios. Eso es lo que la Pregunta 80 señala tan claramente: “¿Qué diferencia hay entre la Cena del Señor y la misa papal?” Hay una diferencia entre la Cena del Señor y la misa papal. Solo consideren esos nombres. Ellos ya pueden aclarar cuál es la diferencia. Por un lado, hay una Cena instituida por el Señor mismo; no por el hombre, sino por el Rey de la Iglesia. Por otro lado, está la misa papal, un ritual inventado por un líder eclesiástico autoimpuesto, el así llamado obispo de Roma.

Si consideramos el contenido de ambos, vemos otra gran diferencia. Lean la respuesta: “La Cena del Señor nos testifica que tenemos remisión perfecta de todos nuestros pecados por el único sacrificio de Cristo, que Él mismo cumplió en la Cruz una sola vez; y también que por el Espíritu Santo estamos incorporados en Cristo, el cual no está ahora en la tierra según su naturaleza humana, sino en los cielos a la diestra de Dios, Su Padre, donde quiere ser adorado por nosotros. La misa enseña que los vivos y los muertos no tienen la remisión de los pecados por la sola pasión de Cristo, a no ser que cada día Cristo sea ofrecido por ellos por mano de los sacerdotes; enseña también que Cristo está corporalmente en las especies de pan y de vino, y por tanto ha de ser adorado en ellas. Por lo tanto, el fundamento propio de la misa no es otra cosa que una negación del único sacrificio y pasión de Jesucristo y una idolatría maldita.”

La misa significa que Jesús es ofrecido a Dios una y otra vez, cada día de nuevo, no solo por los vivos sino también por los muertos. Los ministros de la Palabra de Dios se han convertido en sacerdotes, y la mesa del Señor en un altar. El púlpito ha sido relegado a un rincón de la iglesia, mientras que el altar ocupa el lugar central. Así, la proclamación de ese glorioso sacrificio del Señor Jesús queda opacada por lo que se denomina el gran misterio de la Santa Iglesia.

La Iglesia de Roma intenta defender todo esto citando palabras bíblicas fuera de su contexto. Consideran el pan y el vino ordinarios que Melquisedec ofreció a Abraham en Génesis 14 como un sacrificio. Se enfocan en una profecía del libro de Malaquías que nos dice que, algún día, se ofrecerán ofrendas y sacrificios de todas las naciones, pero se olvidan de que la nueva dispensación ha traído el cumplimiento de esta palabra en la iglesia —en ese santo sacerdocio llamado a ofrecer sacrificios *espirituales* al Señor que son aceptables por Jesucristo.

El Nuevo Testamento ofrece amplia evidencia de que hay un solo Sumo Sacerdote, que es Jesús; un solo altar, que es la cruz; y un solo sacrificio suficiente para expiar, que es el sacrificio que Cristo ofreció en Gólgota. En Hebreos 10:14, el apóstol dice: “*Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.*” Es cierto que este sacrificio debe ser aplicado a nuestros corazones. Si simplemente hablamos de ello, no es más que servicio de labios. Aunque

la obra de Jesús debe ser puesta en nuestros corazones por el Espíritu Santo, no hay necesidad de repetirla ni añadir algo a ella.

Así que, la Cena del Señor no es un sacrificio del hombre a Dios; es todo lo contrario. Es la provisión de la gracia de Dios, manifestada en Su tierna misericordia. Es un don de Dios para los pobres y necesitados pecadores. ¿Lo oyen, pueblo de Dios? Este sacramento testifica, según nuestro Catecismo, que tenemos el perdón completo de todos nuestros pecados y que nosotros, por el Espíritu Santo, hemos sido incorporados a Él y, por lo tanto, hemos sido hechos participantes de ese sacrificio. Todo lo que un pobre pecador necesita se encuentra en ese sacrificio. ¡No falta nada!

La Iglesia Católica Romana afirma que el sacrificio de la misa debe ser adorado porque Cristo está físicamente presente en la forma del pan y el vino. Si alguna vez observas a un católico romano entrar en una iglesia, notarás que lo primero que hace es inclinarse hacia la dirección del altar. De cierta manera, esto puede hacernos sentir avergonzados. ¿Cómo entramos *nosotros* a la iglesia? ¿Cómo nos *sentamos* en ella? ¿Cómo *escuchamos* el sermón predicado o leído? Sin embargo, inclinarse ante un pedazo de pan es totalmente contrario a la Palabra de Dios. Eso no es reverencia, sino superstición. Así, las cosas externas se han vuelto excesivamente importantes. ¿No dijo Cristo que los que le adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad? (Juan 4:23).

Nuestro Catecismo refuta todas estas falsas doctrinas afirmando que Cristo, según Su naturaleza humana, ya no está en la tierra, sino en el cielo. Por eso, los corazones quebrantados de los pecadores penitentes deben ser levantados... No es que *deban* ser levantados, sino que *pueden* ser levantados, y el Señor *ciertamente* los levantará. Él los atraerá al santuario celestial, donde Cristo está a la diestra del Padre intercediendo por los Suyos. Es el Espíritu de Dios quien establece el vínculo entre el Sumo Sacerdote en el cielo y Su pueblo aquí abajo.

Oh, hijos de Dios, ¿ha habido momentos en que se han sentado a la Mesa del Señor y su corazón ha sido levantado hacia lo alto? ¿Ha habido ocasiones en que han tenido comunión con el Rey y, al contemplar esas señales visibles y sellos, les fue dado clamar: “¿Cómo puede ser que un precio tan alto se haya pagado por un pecador tan culpable como yo? ¡Oh Señor, ¿por qué a mí?”? Entonces, no necesitarán la misa; más bien, ¡la aborrecerán!

Nuestro Catecismo lo dice directamente: en el fondo, la misa no es más que una negación del único sacrificio y sufrimiento de Jesucristo, y una idolatría maldita. En la cruz, el Señor Jesús declaró: “*Consumado es*” (Juan 19:30). Sin embargo, si debemos creer todo lo que Roma enseña acerca de la misa, entonces ese sacrificio aún *no* se ha cumplido completamente. Por lo tanto, la misa representa una negación de aquel único sacrificio y una idolatría maldita. Así como los

paganos se inclinan ante sus ídolos, así los Católicos Romanos se postran ante un pedazo de pan preparado por manos humanas.

Congregación, estas palabras de nuestro Catecismo son estrictas, pero no exageradas. Los reformadores sabían muy bien de lo que hablaban. Ellos mismos formaron parte de la Iglesia Católica Romana antes de que Dios abriera sus ojos a la verdad. La misa es, *en su esencia*, una idolatría maldita. Esto no significa que todos los católicos romanos lo entiendan así. Puede haber personas sinceras entre ellos, pero incluso las personas sinceras pueden estar sinceramente equivocadas. Por ejemplo, usted puede pensar que va camino a una ciudad, pero si pierde la salida y sigue en la dirección opuesta, su sinceridad no le sirve de nada. Así también, la sinceridad en cuestiones religiosas no nos guiará al cielo. Solo la Palabra de Dios puede mostrarnos el camino verdadero, y solo el Espíritu Santo puede guiarnos por ese camino. Nuestro Catecismo enfatiza esta verdad. No, no maldice a las personas; eso fue lo que hizo el Concilio de Trento. Los cardenales y obispos de Roma maldijeron a los reformadores y a sus seguidores, persiguiéndolos con crueldad.

Congregación, ¿nos tomaremos esto en serio? Los terroristas islámicos pueden decir: “Debemos atacar al enemigo en todas partes porque se ha derramado la sangre de los musulmanes”. Esa es la religión del hombre. Nunca llevará a la paz, sino a una destrucción cada vez mayor. Sin embargo, no olvidemos nunca que también se ha derramado la sangre de nuestros antepasados. Ellos tuvieron que sufrir por el evangelio, por la verdad. ¿Cuántos fueron quemados en la hoguera o colgados en la horca? ¿Cuántos padres e hijos fueron separados por temer a Dios y amar Su Palabra? ¡Pensemos en eso para no olvidarlo! No, no buscamos venganza, pero sí debemos valorar lo que tenemos. Debemos abrazar nuestro Catecismo desde lo más profundo del corazón, y ciertamente lo haremos cuando este precioso y pequeño librito declare lo que hay en nuestro corazón.

Congregación, pongámonos de pie por la verdad. Al parecer, ser cortés y correcto es más importante hoy en día que permanecer fiel a Dios y honesto con el prójimo. Lo peor que podrán decir acerca de usted es que es juzgador. Sin embargo, no debemos hacer concesiones respecto a la Palabra infalible e inmutable de Dios. Como reformados, no podemos asistir a la misa romana, incluso cuando es administrada en ocasiones como funerales o bodas. No queremos ser groseros; debemos mostrar compasión. Si tiene un vecino o compañero de trabajo católico romano, no debe ser insensible, especialmente en tiempos de duelo y tristeza. Pero también debemos ser honestos y explicar con gentileza nuestra posición: “No, no puedo ir porque estos son mis principios. Sin embargo, pensaré en ti y espero poder visitarte más adelante”. Puede que le comprendan, o puede que no, pero le respetarán si es coherente y afectuoso. Al final, lo más importante no es lo que la gente diga de nosotros, sino lo que Dios dice en Su Palabra.

No solo defendamos la verdad, sino que también oremos para que la verdad sea santificada. Podemos tener la sana doctrina en la mente, pero estar enfermos en el corazón. Podemos tener una perspectiva correcta de la verdad, incluso acerca de la Cena del Señor, pero si seguimos viviendo en pecado o en justicia propia, será terrible comparecer ante el tribunal de Dios. Será peor para quienes vivieron bajo la verdad que para quienes vivieron bajo una mentira. En aquel día, será más tolerable para Tiro y Sidón, y más soportable para Sodoma y Gomorra. Entonces, la porción que nos corresponderá será el lugar más bajo del infierno.

Querida congregación, que volvamos a casa con un sentido verdadero de nuestra culpa y vergüenza, y que aprendamos de los Domingos 29 y 30 que hay solo un sacrificio que agrada a Dios. Somos tan romanistas en nuestros corazones, incluso más que el Papa. Siempre queremos añadir algo a la obra de Cristo, pero el Señor no puede usar nada de nosotros. Él está perfectamente satisfecho con el Cordero, con Aquel de quien Él dijo: *“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”* (Mateo 3:17).

Oh, oren por luz reveladora para que puedan perder todos sus fundamentos propios y para que sus pies puedan ser colocados en esa Roca sólida, Jesucristo, y este crucificado. Que el Señor recuerde a Sus hijos. Que reciban un entendimiento correcto de la Cena del Señor y también una rica medida del consuelo que fluye de este precioso sacramento.

Congregación, prestemos atención al llamado que viene de la Cena del Señor. Cuando se celebraba la fiesta de la Pascua, los hijos de los israelitas preguntaban a sus padres: “¿Por qué se prepara esta mesa? ¿Por qué tenemos esta celebración?” Entonces los padres tenían que contarles acerca de la aflicción de Israel en la tierra de Egipto y acerca de la liberación misericordiosa de Dios. ¿Qué escuchan *nuestros* hijos? ¡Bienaventurados son aquellos padres que pueden contarles de su propia experiencia! ¡Bienaventurados son los niños que tienen tales padres y que pueden aprender a temer al Señor! ¡Bienaventurada es la iglesia en que se prepara la mesa y Sus hijos pueden comer para la gloria de Su Nombre! Amén.

Salterio 3:4